

El mercado petrolero mundial en los ochenta

Tres puntos de vista | ØYSTEIN NORENG*

INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo es estudiar brevemente las perspectivas del mercado mundial del petróleo durante los ochenta, desde tres puntos de vista distintos: a) un estudio convencional del mercado; b) un punto de vista cíclico; c) un análisis estructural dinámico. Después se compararán, también con brevedad, con el objeto de lograr una síntesis. Para comenzar, analizaremos los principales problemas estructurales del mercado petrolero internacional.

LOS PROBLEMAS ESTRUCTURALES DEL MERCADO

Buena parte de la incertidumbre con respecto al mercado petrolero mundial en los años ochenta obedece a la transformación fundamental que éste sufrió en el decenio anterior, transformación que afectó a su estructura, sus instituciones, sus relaciones de poder y la naturaleza de sus transacciones. Hasta ahora no es mucha la experiencia idónea para juzgar el funcionamiento del nuevo régimen, ni es posible asegurar hoy, a comienzos del decenio de los ochenta, si en verdad se ha completado la transición del régimen antiguo al actual. En la medida en que ello no haya sucedido, es factible que ocurran otros cambios estructurales, lo que aumentará las posibilidades de nuevas sorpresas y nuevas discontinuidades en ese mercado.

El régimen anterior puede caracterizarse como un cártel, formal o informal, constituido por un número limitado de empresas petroleras internacionales integradas verticalmente. El comercio de la mayor parte del crudo se realizaba entre distintos

sectores de una misma organización. Sólo un pequeño porcentaje (probablemente inferior a 10% hasta los años sesenta) era objeto de transacciones entre compradores y vendedores autónomos. En buena medida, las decisiones sobre comercialización y extracción se coordinaban en el seno de las mismas organizaciones, lo cual ayudaba a sincronizar los mecanismos de oferta y demanda en el mercado. A su vez, esto facilitaba la planeación y reducía las posibilidades de escasez o de sobreproducción, lo cual otorgaba a un tiempo un alto grado de flexibilidad a las empresas y una buena dosis de seguridad con respecto al abastecimiento a los consumidores. Por ejemplo, éstos sólo sufrieron problemas menores a causa de las crisis de 1956 y 1967.

Los países exportadores manifestaron por primera vez su independencia en materia de política petrolera alrededor de 1969-1970, cuando Libia estableció restricciones selectivas a sus ventas. En 1973-1974 los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) asumieron la fijación de los precios. Desde entonces, la industria del petróleo ha sido nacionalizada, en forma total o parcial, en virtualmente todos los países exportadores de cierta importancia. A fines de los años setenta comenzaron a controlar cada vez más el proceso de comercialización. Hoy en día, los gobiernos o las empresas petroleras nacionales comercializan alrededor de 70% del crudo que se exporta. Además, la OPEP está elaborando una estrategia de comercialización que puede llegar a tener gran importancia y representar un paso adicional en el camino del viejo sistema hacia el nuevo.

El nuevo régimen petrolero se caracteriza por la desintegración y la asimetría. La primera se manifiesta tanto en la relación entre oferta y demanda como en el seno de la propia demanda. La nacionalización de la industria y de las exportaciones en la mayoría de los países significa que la mayor parte de las tran-

* Profesor de la Escuela de Administración de Noruega. [Traducción del inglés de Rubén Svirsky.]

sacciones internacionales ocurre entre vendedores y compradores independientes entre sí. Además, en lo que respecta a la demanda, creció de manera considerable la cantidad de empresas y refinerías pequeñas, que compran crudo y venden derivados. El resultado es una estructura muy asimétrica del mercado mundial. En tanto que dominan la oferta unos pocos gobiernos y empresas nacionales, la demanda está integrada por varios cientos de compañías que compiten entre sí, grandes y pequeñas, privadas y públicas, independientes e internacionales.

Esta desintegración implica que hoy en día el mercado petrolero se parece más que nunca a un mercado normal, en el cual la mayor parte de las transacciones ocurre entre vendedores y compradores autónomos. Así, los mecanismos de oferta y demanda ya no están sincronizados, lo que aumenta la posibilidad de escaseces, excesos de oferta e inestabilidad. Al mismo tiempo, la creciente diferenciación de las operaciones (entre el mercado *spot*, el mercado a plazo y el de contratos a largo plazo) genera nuevas posibilidades de inestabilidad; por ejemplo, un exceso de oferta o de demanda en el mercado *spot* puede repercutir en el mercado a plazo, y aun ocasionar el traslado de operaciones de uno a otro. En este sentido, es fundamental considerar que la propia asimetría estructural del mercado petrolero, en el cual son pocos quienes deciden por el lado de la oferta y muchos quienes lo hacen entre los demandantes, significa que los ajustes tengan lugar de distintos modos. Es más fácil para los oferentes manejar un eventual exceso del producto reduciendo los volúmenes ofrecidos, que para los demandantes afrontar una escasez disminuyendo sus compras. Por consiguiente, los ajustes tienden a ocurrir a la baja en la cantidad y al alza en los precios. En resumen, la estructura asimétrica actual implica que el poder está en manos de los oferentes. Parece que esta situación sólo podría modificarse creando una estructura más equilibrada, es decir, reduciendo la cantidad de quienes deciden en el lado de la demanda o aumentando las unidades que integran la oferta.

La configuración actual del mercado petrolero se apoya en determinada estructura técnico-económica, que se caracteriza por la elevada concentración geográfica de las reservas (lo cual conforma de cierto modo a la oferta) y por la dispersión, tanto geográfica como política y económica, de la demanda, junto con la falta notoria de productos que pudieran sustituir al petróleo con facilidad. Para que se modificara significativamente tal estructura, tendrían que cambiar las condiciones técnico-económicas. Ese cambio puede ocurrir debido a avances tecnológicos importantes, quizá con la ayuda de un drástico aumento del precio del petróleo, pero es evidente que debe transcurrir un largo lapso hasta que tales avances tengan un efecto práctico en el mercado. Por último, considérese que aún no estamos muy cerca de lograr tales adelantos, como la producción de crudo sintético a partir del carbón, de una manera aceptable desde los puntos de vista económico y ecológico.

En la estructura actual del mercado, la OPEP es un factor clave de la oferta. La importancia de esta organización para determinar los precios del crudo varía de modo considerable a lo largo del tiempo, pero sus integrantes producen alrededor de 80% del petróleo que se comercia en el mercado internacional. Su importancia y eficacia fluctúan en razón del conflicto de intereses y de las cambiantes relaciones de poder en su seno, que dependen de las condiciones del mercado

La OPEP suele dividirse en un pequeño número de miembros

con grandes reservas de crudo, que aspiran a una evolución moderada de su precio, y una cantidad mayor de integrantes, con reservas grandes o pequeñas, que desean aumentos más rápidos. El efecto de las condiciones del mercado es el siguiente: una gran demanda lleva a los "moderados" a aumentar su producción para contener la presión sobre los precios; estos países se acercan gradualmente a su capacidad de producción total y, cuando la alcanzan, pierden su control del mercado. Por otro lado, una demanda baja implica que los "moderados" puedan disminuir su producción, con lo cual restablecen su capacidad de reserva y, por consiguiente, su posición de poder. Puede sostenerse, por tanto, que la OPEP tiene una importancia práctica en el mercado mundial sólo durante los períodos de demanda escasa, cuando los moderados disfrutan de una posición favorable. Así, la influencia de la organización es cíclica y conduce a establecer una cota inferior para los precios durante los períodos de baja demanda, más que a fijar una superior cuando ésta es muy elevada. Esto parece confirmar la hipótesis de que los ajustes en el mercado ocurren hacia arriba en los precios y hacia abajo en las cantidades.

Las condiciones internas de la OPEP cambiarán considerablemente en los próximos diez o veinte años. En algunos países, las limitadas reservas y el gran aumento de su consumo de energía entrañarán una disminución de sus exportaciones de crudo; es el caso de Argelia, Indonesia y Nigeria, así como el de algunos miembros de menor importancia como Ecuador y Gabón. Esto parecería reforzar la posición de los moderados de la OPEP, en particular la de Arabia Saudita. Empero, desde otro punto de vista, la caída de las exportaciones de aquellos países aumentará la presión sobre los precios y sobre quienes desean mantenerlos relativamente bajos. Éstos se enfrentarán, cada vez más, a un incómodo dilema: permitir el aumento de los precios a niveles que consideran indeseables, o aceptar una tasa de disminución de sus reservas mayor que la óptima según sus políticas nacionales.

En cierta medida, la caída de las exportaciones de la OPEP será compensada con las ventas crecientes de nuevos exportadores, como México, Noruega y, quizá, Egipto, Costa de Marfil, Malasia y Viet Nam. No obstante, el aumento que puede esperarse de estos recién llegados es bastante limitado si se lo compara con la caída previsible de las exportaciones de la OPEP. Hoy en día, la potencialidad exportadora de esta organización está lejos de utilizarse plenamente, lo cual da cierto margen de seguridad y podría modificar la mencionada caída de sus ventas. Empero, mantener estables las ventas totales de la OPEP requerirá aumentar las exportaciones y la tasa de disminución de reservas en unos pocos países, sobre todo en Arabia Saudita, Iraq y Kuwait. No es seguro que éstos acepten tal aumento de su tasa de extracción, a la vez que un incremento de sus exportaciones significará concentrar más el riesgo político que corren los consumidores de crudo. Además de los enfrentamientos internacionales en el Cercano Oriente y la región del Golfo Pérsico, no puede descartarse la posibilidad de conflictos internos en algunos países

Por tanto, la restructuración de la OPEP (el pasaje de muchos a pocos exportadores) sólo podrá ocurrir de un modo estable si los diversos conflictos latentes se resuelven de manera pacífica o se mantienen sin estallar. De lo contrario, la restructuración estará signada por crisis diversas y por una escasez recurrente.

La estructura actual del mercado petrolero mundial, que previsiblemente se mantendrá durante el decenio de los ochenta

ta, otorga una gran libertad de acción en materia petrolera a unos pocos países exportadores, lo cual también implica un buen margen de autonomía política. Esto es válido tanto para los principales países de la OPEP (Arabia Saudita, Kuwait e Iraq) como para los más importantes entre los recién llegados, como México y Noruega. En un marco temporal más o menos amplio, estos países disfrutaron de una gran libertad para fijar sus volúmenes de exportación. Al mismo tiempo, es evidente que esos volúmenes, en los países que estamos considerando, se determinan mediante criterios muy complejos, que trascienden los meramente económicos; también es obvio que, en algunos casos, los factores políticos pueden ser decisivos. Por un lado, esto significa que las condiciones políticas, como la situación en el Cercano Oriente y la relación Norte-Sur, pueden influir en las políticas petroleras de algunos productores de importancia. Por otro lado, estos países pueden utilizar su política petrolera para tratar de alcanzar ciertos objetivos de sus políticas exterior y de comercio internacional. Es decir, que el mercado petrolero mundial está cada vez más condicionado por factores políticos, y no sólo por las fuerzas económicas subyacentes.

En este sentido, merece mención especial la política comercial de la OPEP, a pesar de que hasta ahora sólo se ha puesto en práctica de modo parcial. Su objetivo consiste en asegurar la estabilidad de los ingresos de los países exportadores y, al mismo tiempo, reducir la importancia del mercado *spot*. El instrumento principal es la venta del crudo, eventualmente junto con un paquete de derivados, mediante contratos estables y de largo plazo, que admiten muy poca o ninguna desviación de los volúmenes regulares convenidos y que prohíben la reventa del crudo sin una autorización especial del vendedor original. De esa manera, el peso de mantener existencias y absorber las variaciones estacionales de la demanda se transfiere de los países exportadores a las empresas, al tiempo que aquéllos se aseguran la estabilidad de sus ingresos. Sin embargo, este mecanismo genera una gran rigidez en las transacciones regulares, que estimula al volátil mercado *spot* en lugar de limitarlo, e incluso podría dar origen a un mercado *spot* de derivados, lo cual transferiría a éstos parte de la renta del crudo, por lo menos periódicamente. Una secuela lógica de la estrategia comercial de la OPEP sería vigilar tanto el mercado de subproductos como las existencias de empresas y refinerías, pero esto exigiría un formidable aparato de control del que la Organización no dispone hoy en día.

Dada esta situación, la perspectiva para los años ochenta es ambigua. Está en curso, sin duda, cierto proceso de cambio estructural. Se modifica la pauta de las exportaciones de la OPEP, que se concentran en menos países, al tiempo que adquieren importancia como exportadores unos pocos países que no pertenecen a dicha organización. Esta tendencia parece confirmar la asimetría mencionada del mercado petrolero mundial, con una concentración de la oferta y una dispersión de la demanda. Por lo general, ello da lugar a relaciones de poder desiguales en favor de la oferta, que fundamentan la permanente diferencia de los ajustes: hacia arriba en precios, hacia abajo en cantidades. La aplicación ulterior de la estrategia comercial de la OPEP, que quizá también podrían adoptar los nuevos exportadores que no son miembros, parece una secuela lógica del cambio estructural que ha tenido lugar en el mercado desde comienzos de los años setenta. Empero, no es posible saber todavía cómo afectarán en la práctica estos cambios al mercado. En determinadas condiciones, la concentración de la oferta en unos pocos países podría estabilizarlo, siempre que estos

países tuvieran intereses económicos diferenciados y distintos grados de estabilidad política. La aplicación de la nueva estrategia de comercialización de la OPEP podría aumentar la rigidez del mercado y, en ciertas condiciones, generar una transferencia de rentas desde el petróleo hacia sus derivados. A pesar de que la situación parece tender hacia una creciente escasez y mayores precios, no se puede vaticinar cómo afectará eso al mercado durante los años ochenta. Por consiguiente, es interesante analizar el mercado petrolero a la luz de diversas teorías.

LA PERSPECTIVA CONVENCIONAL

El análisis convencional de un mercado suele basarse en la información más reciente sobre la oferta, la demanda y los precios. La ventaja del método radica en que permite tomar en consideración la evolución más reciente de los parámetros cruciales, tales como la elasticidad de precios e ingresos. La desventaja consiste en el riesgo de reflejar condiciones coyunturales y, por tanto, dar resultados que sólo tienen interés en el corto plazo. Con este método también se corre el peligro de subestimar las condiciones estructurales y las tensiones latentes del mercado. No obstante, el enfoque puede ser útil para analizar el efecto de los cambios más recientes.

Desde el verano de 1980, la característica más obvia del mercado petrolero ha sido el exceso de crudo, la considerable capacidad ociosa por el lado de la oferta y la caída de los precios reales. La capacidad total de la OPEP puede estimarse en 40.6 millones de barriles diarios (mbd), además de una capacidad total de unos 25 mbd en el resto del mundo occidental; en total, más de 65 mbd. En el largo plazo, es probable que la capacidad total permanente (es decir, que puede mantenerse por un lapso prolongado) oscile alrededor de 35 mbd en la OPEP y de 23 mbd en el resto de Occidente. En la actualidad, la capacidad permanente está en expansión en algunos países de la OPEP (sobre todo Arabia Saudita e Iraq) y en algunos más periféricos (como Canadá, China, Egipto, México, Noruega, Viet Nam, etc.), en tanto que declina en Estados Unidos e Irán, por razones físicas y políticas, respectivamente. Por tanto, no es seguro en qué dirección variará la capacidad permanente en el largo plazo.

Empero, sería erróneo establecer una relación lineal entre la capacidad permanente y el nivel real de extracción. Como hemos señalado, la oferta petrolera de cada país depende de varios y complejos factores económicos y políticos, entre los cuales sin duda la capacidad permanente no es el de mayor importancia, excepto en casos marginales, como los de Noruega y el Reino Unido, en que el costo de la capacidad ociosa es prohibitivo.

En tanto que la capacidad permanente establece una cota superior para la extracción y la exportación de la OPEP, no es seguro dónde se colocaría la cota inferior. Se ha especulado mucho con que la necesidad de ingresos obligaría a los países miembros a mantener determinado nivel mínimo de exportaciones; en todo caso, este nivel está en relación inversa con el precio del petróleo: cuanto más alto sea éste, menor será el volumen que deban exportar los miembros de la Organización por razones económicas. Debe señalarse que en 1981, con precios altos pero con una demanda excepcionalmente baja, estos países se las arreglaron para subsistir con exportaciones reducidas. En septiembre de 1981 la extracción total de la OPEP era de 20.5 mbd, cuando dos años antes había sido de 31.6 millones. Este dato indica la flexibilidad y la libertad de acción de que goza la OPEP a los precios actuales. Además, varios países de la Organi-

zación disponen de considerables reservas financieras, a las que podrían recurrir de ser necesario.

Recientemente ha habido una drástica reducción de la demanda petrolera. En 1981, el consumo medio del mundo occidental podría estimarse en unos 47.3 mbd, frente a un promedio de 52.5 millones en 1979; esto significa una disminución de alrededor de 10% en dos años. Hay razones para creer que esta caída de la demanda se debe, cuando menos en parte, al bajo nivel de la actividad económica en 1981, tanto en los países de la OCDE como en algunos en desarrollo, pero es obvio que cierta parte obedece también al aumento de precios, el cual estimuló el ahorro de energía y la sustitución del petróleo por otras fuentes. Aún no se dispone de datos confiables sobre las causas precisas de esta caída de la demanda, en particular acerca de la oposición del efecto precio y el efecto ingreso. Además, es difícil distinguir el efecto precio del primer aumento (1973-1974), que se manifestó sobre todo en cambios en la composición del capital, de las consecuencias del segundo aumento (1979-1980), que se sintieron fundamentalmente en los patrones de consumo. En tal situación, es difícil tener una opinión razonablemente fundada acerca de la evolución futura de la demanda, sobre todo dadas las inciertas perspectivas de la economía. Podría suponerse, en principio, que durante el decenio de los ochenta habrá una caída moderada de la demanda de los países de la OCDE y un aumento en el mundo en desarrollo, y que probablemente este aumento compensará, cuando menos, aquella caída hasta 1990.

Bajo tales supuestos, no parece que el equilibrio global del mercado petrolero vaya a constituir un gran problema durante el decenio de los ochenta. Puede esperarse que, en promedio, la demanda agregada aumente cuando mucho 1% anual. Dada la expansión de las exportaciones de los países que no integran la OPEP, no es probable que la demanda del petróleo de la Organización haga alcanzar a ésta su límite de capacidad permanente, y ni siquiera el nivel que logró en 1979. Por tanto, las condiciones del mercado deberían permitir la puesta en práctica de la estrategia de precios a largo plazo de la OPEP, según la cual el precio real del petróleo debe vincularse con las tasas de crecimiento económico de los países de la OCDE. Este criterio podría dar como resultado un incremento promedio del precio real de 2 a 3 por ciento anual durante el decenio, lo que llevaría el precio del crudo de referencia a 40-50 dólares por barril en 1990, medido a precios de 1981.

Estas condiciones también favorecerían una aplicación gradual y cuidadosa de la estrategia comercial de la OPEP. Lo más razonable sería que ello ocurriera en estrecha cooperación con la industria petrolera internacional, y que las empresas conservasen un papel importante en la distribución, refinación y mercadeo del crudo.

Según este enfoque convencional, no se prevé un alto riesgo político en el mercado petrolero; en consecuencia, sería bastante escaso el peligro de modificaciones abruptas de los precios. Este bajo riesgo puede atribuirse, por un lado, a la gran capacidad ociosa actual de los países de la OPEP y a la improbabilidad de que la demanda de su petróleo alcance el máximo histórico de 1979; por otro, a los importantes cambios estructurales que están ocurriendo en la demanda. Por consiguiente, y según este punto de vista, el aumento del precio de 1979-1980 parece haber quietado la situación del mercado por un buen tiempo. Aparentemente, para los propios países exportadores es hoy vital evitar un nuevo período de turbulencia y de aumentos

imprevistos del precio, a fin de no comprometer sus ingresos futuros y su posición negociadora al acelerar el cambio estructural del mercado energético mundial.

LA PERSPECTIVA DE LOS CICLOS

Este enfoque se apoya en el supuesto de que la estructura actual del mercado petrolero se asemeja a la del mercado de cualquier otro producto; por consiguiente, la posibilidad de que se presenten excesos y escaseces, debido a la falta de coordinación de las decisiones de oferentes y demandantes, da pie a que ocurran movimientos cíclicos. La experiencia del decenio de los setenta indica que períodos bastante largos de exceso de oferta se alternan con lapsos más cortos en los que hay tensión y durante los cuales el mercado está especialmente sensible ante las rupturas y crisis. Sin embargo, el conocimiento actual de estas tendencias cíclicas, y de la correspondiente dinámica del mercado, es todavía muy rudimentario.

La demanda de petróleo es un factor compuesto, que debe desagregarse. La integran el consumo real y las variaciones de las existencias, e incluye tanto el mercado del crudo como el de sus derivados. En la estructura actual del mercado, las variaciones de las existencias son bastante espontáneas y no dependen de consideraciones de planificación a largo plazo. Así, los cambios de los inventarios parecen amplificar las fluctuaciones del mercado causadas por las variaciones del consumo real. Por ejemplo, en un período de aumento del consumo es racional que una empresa o refinería aumente sus existencias, tanto como es racional recurrir a sus reservas y disminuir su inventario en períodos en que el consumo decae. Como consecuencia, el mercado mundial se vuelve particularmente sensible en las épocas en que aumenta el consumo y lo es bastante menos cuando éste disminuye. Por ejemplo, las perturbaciones ocasionadas en el mercado por la Revolución iraní, en 1979, fueron dramáticas porque aumentaron la demanda en un período en que ésta era creciente; en cambio, la disminución de la oferta ocasionada por el estallido de las hostilidades entre Iraq e Irán, en 1980, tuvo un efecto mínimo, en parte, por lo menos, porque el consumo estaba decayendo y las existencias todavía eran grandes.

La separación institucional entre los tres mercados, el de los consumidores, el de derivados y el de crudo, hace que, cuando surge un aumento del consumo después de un período de baja demanda, las empresas y las refinerías suelen encontrarse con inventarios bastante reducidos. Además, las refinerías tienden a satisfacer el aumento del consumo recurriendo, en un principio, a sus existencias de derivados. Esto ocasiona un aumento gradual de los precios en el mercado *spot* de estos productos, y después en el mercado *spot* del crudo debido a que las refinerías tienden a incrementar sus inventarios para anticiparse a los precios más altos del petróleo que resultarán de la creciente demanda. Durante esta fase, el mercado mundial del crudo es muy sensible a cualquier sacudida, e incluso un recorte pequeño de los suministros puede ocasionar un aumento importante del precio. Después decae la demanda; las existencias de derivados aumentan; los precios caen, primero en el mercado *spot* de refinados y después en el del crudo, cuando declina la demanda de éste. Señalemos, una vez más, que las variaciones de la demanda agregada tienden a reforzar la posición de diferentes grupos entre los exportadores. Durante los períodos de gran demanda las condiciones favorecen a los "radicales" que propugnan los precios altos, quienes pueden

aumentarlos, por ejemplo, al transferir operaciones del mercado a plazo al mercado *spot*, en tanto que las cartas favorecen a los moderados durante los períodos en que baja la demanda agregada.

De este modo, los países exportadores envían al mercado señales ambiguas. Después de la sacudida provocada por un aumento, que en principio debería ser un fuerte estímulo para el ahorro energético y para la sustitución del petróleo por otras fuentes, el mercado recibe durante un período bastante largo señales contrarias, en la forma de precios reales declinantes, que contradicen el efecto del aumento inicial. Por tanto, la estructura de la demanda se modifica con más lentitud de lo que cambiaría con una evolución más gradual de los precios. Así se suceden los movimientos cíclicos, y los países exportadores pueden aumentar muy considerablemente su poder real de compra a intervalos regulares, al tiempo que mantienen los ciemientos de nuevos aumentos futuros. Esta política ambigua puede considerarse, quizá, expresión de una estrategia cínica tendiente a mantener a los consumidores en la incertidumbre perpetua, aunque más bien es un resultado de las fuerzas del mercado (si bien, en este caso, podría decirse que se unen las manos invisibles de Adam Smith y Maquiavelo).

Aunque el petróleo, considerado como un insumo, tiene una importancia limitada para las economías de los países de la OCDE, y aun para las de la mayoría de las naciones en desarrollo, los aumentos súbitos de su precio constituyen un problema macroeconómico internacional importante. Hoy en día, el petróleo es el producto más importante del comercio internacional, medido en valor, y la baja elasticidad-precio de su demanda, en el corto plazo, convierte los cambios de las cotizaciones en súbitas transferencias de ingreso de los países importadores a los exportadores. Esto tiene un efecto deflacionario en las economías de los primeros, sobre todo los de la OCDE, lo cual produce a su vez una caída de la demanda de petróleo y de sus precios reales. En poco tiempo, el excedente financiero de los miembros de la OPEP se reduce de manera considerable, y se restaura el equilibrio comercial entre éstos y los países de la OCDE, lo cual se convierte en un fuerte estímulo para el crecimiento económico de estos últimos. De nueva cuenta, se genera así un aumento de la demanda de petróleo por parte de estos países y de muchos en desarrollo, porque se han conservado intactos segmentos esenciales de la estructura de la demanda, y se produce un nuevo aumento del precio. Y así sucesivamente. Si uno fuese un cínico, podría decir que, en esta perspectiva, el precio del petróleo siempre es lo bastante alto para impedir el crecimiento económico sostenido de los países de la OCDE y lo bastante bajo para impedir un cambio estructural profundo en el sector energético.

De modo rudimentario, esta teoría cíclica puede resumirse así:

1) Aumenta la actividad económica en la zona de la OCDE, lo que ocasiona un aumento de la demanda de petróleo; después de un tiempo, aumentan los precios en los mercados *spot* de refinados y de crudo, a la vez que se recurre a las existencias, que disminuyen; la extracción y la exportación de la OPEP se acercan al límite superior aceptable desde el punto de vista político.

2) El aumento de la demanda del petróleo de la OPEP, aunado al acercamiento de la extracción a su límite político, crea una situación tensa en el mercado mundial, muy sensible aun

a pequeñas sacudidas; una leve reducción del suministro, o una transferencia de transacciones del mercado a plazo al *spot*, pueden desencadenar un aumento tanto del precio como de la demanda del crudo, en función de las expectativas de nuevos aumentos de la cotización; después de un tiempo se alcanza un nuevo equilibrio, a un precio mucho mayor, una vez que han ocurrido modificaciones tanto en los patrones de la oferta como en la curva de la demanda; los ajustes ocurren en los precios y no en las cantidades, por lo menos al principio (los ajustes en las cantidades sólo se producen después; al aumento de los precios del crudo *spot* sigue la elevación de los oficiales de los países exportadores, que desean apropiarse así de una parte mayor de la renta económica diferencial.

3) La sacudida ocasionada por el aumento del precio tiene un efecto deflacionario en las economías de la OCDE, sobre todo porque suele seguirla una serie de medidas económicas contraccionistas, para reducir más la demanda de petróleo; esto conduce a una caída considerable de esa demanda, a un exceso de oferta en el mercado y a la caída de los precios reales; tarde o temprano, los países de la OPEP deben reducir el volumen de su exportación, lo cual, aunado a la caída de los precios reales, hace que disminuya el superávit financiero de la OPEP, y que se restablezca el equilibrio comercial entre ésta y la zona de la OCDE.

Tentativamente, una visión retrospectiva de los movimientos cíclicos podría clasificarlos así:

1) Aumento de la demanda	2) Sacudida de los precios	3) Exceso de oferta
1969-1970	1970-1971	1971-1972
1972-1973	1973-1974	1974-1978
1978-1979	1979-1980	1980- ?

En esta perspectiva, en el invierno 1981-1982 el mercado petrolero mundial está en la tercera fase de su tercer ciclo desde que los países exportadores empezaron a imponer su peso en la política petrolera. El primer ciclo fue menos violento y más corto que los siguientes porque el cambio institucional en el mercado todavía no se había completado. Si esta pauta persiste, el exceso actual de la oferta podría durar varios años, pero un aumento del crecimiento económico de los miembros de la OCDE podría tensar al mercado mundial y crear la posibilidad de otra sacudida brusca de los precios.

En cierto grado, la información más reciente del mercado petrolero parece confirmar esta hipótesis. En 1981 hubo una considerable disminución de los inventarios, inducida por la caída de los precios reales y por las altas tasas de interés. Al contrario que en años anteriores, las existencias se redujeron también en el tercer trimestre de 1981, y se estima que la disminución en todo el año será de unos 420 millones de barriles, es decir, 1.2 mbd. Al mismo tiempo, la decisión de la OPEP de congelar el precio del barril en 34 dólares hasta fines de 1982 significa una caída considerable del precio real desde fines de 1980, cuando se cobraba por barril 37 dólares en promedio. Para Estados Unidos esto entraña una disminución del precio real del petróleo importado de alrededor de 30%; en el caso de Europa Occidental y Japón la disminución es algo menor debido a las fluctuaciones monetarias. Además, la decisión de la OPEP de

defender el precio de 34 dólares significa que tendrá que recortar aún más sus exportaciones, sobre todo las de Arabia Saudita. Al exportar menos (quizá unos 7 mbd), este país corre el riesgo de tener un déficit en su balanza en cuenta corriente en 1983-1984. Asimismo, puede preverse una política expansionista en la región de la OCDE para esos años, para lo cual no dejan de pesar las próximas elecciones en el Reino Unido y en Estados Unidos. En estas condiciones, es posible que continúen los movimientos cíclicos en el mercado mundial del petróleo.

Si el crecimiento económico de los países de la OCDE despega nuevamente en 1983-1984, es probable que las existencias de crudo estén en un nivel comparativamente bajo, sobre todo porque puede preverse que durante 1982 se seguirá recurriendo a los inventarios, aunque a un ritmo más lento que en 1981. Así, habrá una tendencia espontánea a reponer las existencias otra vez, que se sumará a la presión sobre el mercado ocasionada por el aumento del consumo que se debería, a su vez, a la mayor actividad económica. Quizá en 1985 el mercado mundial esté particularmente tenso, y un incidente cualquiera baste para poner en marcha un engranaje de acaparamiento de petróleo y de aumentos de precios en el mercado *spot*, que los lleve quizá a 80 o 90 dólares por barril. Por supuesto, ello provocaría una grave depresión económica en los países de la OCDE y en muchos en desarrollo. Dado el gran aumento de la cotización, puede suponerse que esta vez el efecto-precio sea más intenso, y que ocasione una nueva caída de la demanda agregada y del precio real, sobre todo cuando los exportadores "moderados" recuperen su posición de fuerza ante la caída de la demanda global. Sin embargo, como la demanda petrolera de varios países en desarrollo habrá crecido con persistencia, incluso durante la depresión subsiguiente, la demanda total del petróleo de la OPEP en 1987-1988 bien podría ser mayor que la de 1981.

Esta perspectiva cíclica implica un alto riesgo político. Al mismo tiempo, puede significar un grado mayor de bilateralización y politización del comercio petrolero internacional que el previsto por la OPEP.

LA PERSPECTIVA DINÁMICA ESTRUCTURAL

Este enfoque parte de la complejidad del mercado del petróleo, por el lado de la demanda. Éste se compone de mercados de distintos productos, cuyas demandas tienen diferentes características y, por consiguiente, deben tratarse de modo diferenciado. Un aspecto importante de esta diferenciación radica en distinguir las posibilidades de sustitución en los distintos mercados, que dan lugar a diferentes elasticidades precio e ingreso. Tal desagregación resulta especialmente importante en una perspectiva dinámica, dado que las diferencias estructurales implican que los distintos mercados no reaccionan de igual modo ante los problemas de escasez y los aumentos de precios.

Esquemáticamente, los mercados de productos refinados son tres:

1) El primario, que incluye a la gasolina, el queroseno, la nafta y otras materias primas para la industria petroquímica, donde las posibilidades de sustitución son limitadas y la demanda es la más inelástica a los precios y la más elástica a los ingresos.

2) El secundario, integrado por los destilados medianos, como por ejemplo el gas oil y el combustible diesel, en el que son mayores las posibilidades de sustitución, y la demanda es más elástica al precio y menos elástica al ingreso.

3) El terciario, integrado por el fuel oil pesado y los productos residuales de la refinación, en el cual las posibilidades de sustitución son bastante altas y la demanda es bastante elástica al precio y, probablemente, la menos elástica al ingreso.

En cada uno de estos mercados las decisiones de demanda se adoptan sobre bases diferentes. Además, los precios a los cuales se refieren esas decisiones también se fijan de modo distinto. No hay una relación lineal entre el precio FOB del crudo y el precio final al consumidor en estos mercados. En la mayoría de los países importadores, el precio al consumidor es más alto en el mercado primario, sobre todo para la gasolina, que no sólo tiene un valor elevado a la salida de la refinería sino que soporta un alto diferencial debido a la carga impositiva. Así, en este mercado el precio FOB del crudo sólo es un elemento más del precio final al consumidor. Hay otro hecho que corrobora esta afirmación: el petróleo, como insumo, pesa bastante poco en el precio final de los productos petroquímicos. En el mercado secundario, el precio del crudo es una parte más significativa del precio final al consumidor, sobre todo porque los impuestos pesan menos. Por último, en el mercado terciario el valor del crudo representa una parte importante, si no la predominante, del precio al consumidor. En los tres mercados parece haber, pues, una relación negativa entre la potencialidad de sustitución y la elasticidad precio de la demanda, por un lado, y la renta económica total (definida como la suma de utilidades e ingresos por encima de la tasa normal de rendimiento del capital), por otro.

En una perspectiva estructural dinámica, lo anterior significa que el mercado primario es el más resistente a los aumentos de precios, y el terciario el que menos se resiste a ellos. Esto también quiere decir que en el terciario hay relativamente poco margen de maniobra para luchar por la distribución de la renta económica, en tanto que en el primario ese margen es bastante amplio y también es grande, por consiguiente, la posibilidad de transferir ingresos entre los diversos participantes.

En el mundo occidental, los mercados primario y secundario representan hoy en día (1981) aproximadamente 30% del mercado total cada uno, en tanto que el terciario, definido en forma más o menos amplia, ocupa el restante 40%. Hay, no obstante, importantes diferencias regionales. En América del Norte y Australasia el primario constituye más de 40% del total, y el terciario sólo cerca del 30%. En Europa Occidental los mercados primarios, secundario y terciario significan, aproximadamente, 25, 35 y 30 por ciento, en ese orden. La estructura de Japón es por completo distinta: 20, 25 y 55 por ciento, aproximadamente, en el mismo orden. En el resto de los países de economía de mercado (en esencia, los países en desarrollo) la estructura de la demanda se parece a la de Japón: alrededor de un quinto para el mercado primario, alrededor de un tercio del total para el secundario y casi la mitad para el terciario.

La estructura más avanzada de demanda petrolera es la de América del Norte y Australasia y puede esperarse que las de Europa Occidental y Japón se aproximen gradualmente a esta pauta. Ello no significa que sea probable que estas dos regiones alcancen el consumo per cápita de las dos primeras, aunque puede haber margen para un aumento moderado del consumo en sus mercados primarios (lo cual dependerá, por supuesto, de las perspectivas económicas). En el resto del mundo occidental —es decir, básicamente, en los países en desarrollo— hay mar-

gen tanto para un considerable aumento del consumo global como para un desplazamiento gradual de la estructura de la demanda, con mayor crecimiento en el mercado primario. De ese modo, y a la luz de los aumentos de precio previstos, el consumo mundial de petróleo se concentra cada vez más en el mercado primario. Ello significa también que tanto los importadores como los exportadores habrán de ajustarse a las nuevas condiciones de los precios. En el caso de los primeros, el petróleo se irá reservando para su uso más valioso, es decir, el más difícilmente sustituible. En el de los segundos, este desplazamiento estructural tiene como consecuencia que la demanda global crezca a tasas muy inferiores a las históricas, aunque concentrándose cada vez más en los mercados en los que es menor la elasticidad precio, es decir, donde mayor es la posibilidad de incrementar la participación del exportador en la renta económica.

En tal situación, un estancamiento cuantitativo del mercado mundial puede ir acompañado por una transferencia continua de ingresos de los países importadores a los exportadores. Puesto que el precio FOB del crudo sólo es un elemento más del precio final al consumidor de los productos en el mercado primario, teóricamente hay una posibilidad considerable de aumentar ese elemento sin comprometer los intereses de largo plazo de los exportadores. En la práctica, el problema consiste en hacerlo de una manera gradual, que evite las transferencias súbitas de ingreso de los países importadores a los exportadores, y que no afecte el nivel de ingreso de los consumidores, que resulta vital para determinar el volumen de la demanda en el mercado primario. De ese modo, incluso una reducción gradual de las importaciones de los países industrializados podría ir acompañada por un aumento de su cuenta petrolera total, de modo que importen cada vez menos petróleo pero a un costo global cada vez mayor.

Según esta perspectiva estructural dinámica, el precio del crudo podría aumentar de modo considerable. Por ejemplo, la referencia podría consistir en el costo de sustitución en el mercado primario, costo que sería el mismo del crudo sintético proveniente del carbón. A precios de 1980, este nivel de costos correspondería, tentativamente, a unos 100 dólares el barril, aunque debe tomarse en cuenta que dicho producto no se ha probado comercialmente en gran escala en ningún país industrializado con un mercado normal de fuerza de trabajo. En la actualidad, el precio al consumidor de muchos productos del mercado primario excede con mucho este nivel, y en varios casos llega cuando menos a 150 dólares por barril. Si se acepta la perspectiva que hemos expuesto, debe concluirse que, tarde o temprano, el petróleo debe alcanzar el precio de sus sustitutos, para permitir una transición gradual del uno a los otros aun en el mercado primario y convertir en obsoleta la actual estructura asimétrica del mercado total. Un nivel de precios menor que el de los sustitutos en el mercado primario resulta un obstáculo eficaz al ingreso de nuevos oferentes en el mercado internacional, lo cual constituye una salvaguardia para la actual estructura asimétrica. En una perspectiva histórica, ya no se trata de preguntarse si ese obstáculo será eliminado, sino cuándo y cómo se eliminará; es decir, las cuestiones pertinentes son el horizonte temporal del aumento de precio del crudo hasta llevarlo al nivel de sus sustitutos en el mercado primario y el modo en que se llevará a cabo ese aumento. Una aplicación gradual, que sería la menos penosa para los consumidores y la más rendidora para los exportadores, requeriría una gran habilidad por parte de la OPEP y, eventualmente, de los otros exportadores.

Desde el punto de vista del comercio, ello requerirá probablemente otorgar mayor importancia todavía a las empresas nacionales de los países exportadores.

UN ENFOQUE SINTÉTICO

En este trabajo se han presentado tres puntos de vista sobre el futuro del mercado petrolero mundial. Puede resultar interesante comparar sus previsiones del precio del producto.

Precios del crudo según tres enfoques diferentes (1981-1990) Dólares por barril, a precios de 1981

Enfoque	1981	1985	1990
Convencional de mercado ¹	34	37-38	40-45
Cíclico ²	34	50-60	40-45
Estructural dinámico ³	34	40-45	50-60

1. Se supone un aumento del precio real a una tasa promedio de 2-3 por ciento anual.
2. Con base en una nueva sacudida del precio del petróleo en 1985-1986, seguida por una caída en el precio real.
3. Se parte de un ajuste estructural en el mercado primario, realizado a lo largo de un período de 20 años (a partir de 1981), con un aumento promedio anual del precio real de 5-6 por ciento.

Para los países importadores, los resultados preferibles serían los que surgen del enfoque convencional del mercado; para los exportadores, sería mejor el panorama que presenta la visión estructural dinámica. Quizá la peor posibilidad para ambos es la que prevé el enfoque cíclico, aunque bien podría ser la más probable.

Los tres puntos de vista no son, necesariamente, contradictorios; en realidad podrían complementarse de muchas maneras. Por ejemplo, no hay una oposición fundamental entre el enfoque convencional del mercado y el estructural dinámico; ambos podrían combinarse con facilidad, lo cual dependería de los supuestos sobre la evolución de la demanda y la estrategia de la OPEP, así como del horizonte temporal dentro del cual se llevase a cabo el ajuste estructural en el mercado primario.

Es algo más difícil combinar cualquiera de estos dos enfoques con el cíclico, pero no hay una incompatibilidad lógica entre ellos. La evolución en un mercado y el ajuste estructural no son nunca procesos lineales; siempre se trata de fluctuaciones alrededor de una tendencia general y tales fluctuaciones pueden adoptar a menudo un patrón cíclico. En este caso hemos supuesto movimientos de precios bastante drásticos: una duplicación alrededor de 1985 y una caída posterior, en términos reales. Habría, así, un movimiento alrededor de la tendencia general del mercado, tal como la prevista en el enfoque convencional, que además retrasaría el ajuste estructural.

Como conclusión cabe afirmar dos cosas: hay en el mercado petrolero mundial fuerzas poderosas que favorecen un movimiento cíclico; después de cada ciclo las cosas no vuelven al *status quo ante*, pues cada ciclo es parte de un proceso de ajuste de largo plazo, que también puede explicarse en términos convencionales de mercado. Empero, hay también una conclusión secundaria: un equilibrio calculado con base en promedios agregados quizá resulte engañoso, y estas cifras pueden encubrir considerables tensiones y turbulencias potenciales. □